

Un sistema fallido. La crisis mundial de la globalización capitalista y su impacto en China

John Bellamy Foster

Con la referencia en el título a «un sistema fallido», no quiero decir, claro está, que el capitalismo como sistema haya llegado en ningún sentido al final. Más bien, lo que denomino «un sistema fallido» es un orden económico y social mundial que presenta cada vez más una funesta contradicción entre realidad y razón, hasta el punto de que, en la actualidad, amenaza no solo el bienestar humano, sino también la continuación de la mayoría de las formas de vida conscientes del planeta. Tres contradicciones críticas componen la crisis mundial contemporánea que emana del desarrollo capitalista: (1) la gran crisis financiera actual y el estancamiento/depresión; (2) la creciente amenaza de un colapso ecológico planetario; y (3) la aparición de una inestabilidad imperial global asociada a los cambios en la hegemonía mundial y a la lucha por los recursos. Todas esas debilidades estructurales del sistema, como podría haber dicho Schumpeter, son producto de los éxitos del capitalismo en el pasado, pero plantean, no obstante, problemas y fracturas catastróficos en el presente.¹ Así pues, cómo decidamos actuar hoy en día en respuesta a ese sistema fallido es una de las cuestiones más cruciales que jamás haya afrontado la humanidad.

• Artículo publicado en *MR*, vol. 60, nº 10, marzo de 2009, pp. 1-23. Traducción de Joan Quesada. El presente artículo fue en origen una alocución en la Conferencia Internacional sobre la Crítica del Capital en la Era de la Globalización, Universidad de Zuzhou, China, 11 de enero de 2009.

La gran crisis financiera y el estancamiento/depresión

La economía mundial centrada en los Estados capitalistas avanzados está experimentando con mucho su peor crisis económica desde la Gran Depresión. Una gran crisis financiera de una escala nunca vista en los Estados Unidos y los demás Estados capitalistas avanzados desde la década de 1930 está provocando un importante declive del crecimiento económico mundial y apunta hacia una posible depresión de ámbito también mundial.² Tan severa es la situación actual que incluso el presidente estadounidense George W. Bush, en las observaciones preparadas para la cumbre de noviembre de 2008 de gobernadores de bancos centrales y ministros de finanzas de las economías del G-20, afirmó que la amenaza a la que nos enfrentábamos, si no se emprendían acciones decisivas por parte de los Gobiernos, podía ser una «depresión mayor que la Gran Depresión».³

Una forma de comprender la enormidad de la crisis financiera y económica mundial es en términos de lo que ha dado en llamarse *El retorno de la teoría económica de la depresión*. Ese era el título de un libro de Paul Krugman, último ganador del Premio Nobel de Economía del Banco de Suecia, escrito inicialmente en respuesta a la crisis asiática de 1997-1998. La obra se ha vuelto a publicar ahora en una nueva edición, que lleva por título *El retorno de la teoría económica de la depresión y la crisis actual*.⁴ Lo que Krugman quiere decir con dicho título es, por supuesto, el retorno de la economía de John Maynard Keynes en su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, publicado en 1936 en medio de la Gran Depresión. Todo el mundo estará de acuerdo en que Keynes y su «teoría económica de la depresión» han vuelto en cierta forma. Sin embargo, ¿cuál es el Keynes que ha regresado? Y, si tomamos en serio a Keynes como crítico (aunque limitado) del capitalismo, ¿no es acaso necesario regresar aún más hasta el mayor de todos los críticos: Karl Marx?

Es bien conocido que, en su *Teoría general*, Keynes apuntaba hacia lo que él denominaba los «inconvenientes destacados» [*outstanding faults*] de la economía capitalista: su división enormemente desigual de la renta y su incapacidad para mantener un equilibrio de pleno empleo.⁵ Esos destacados inconvenientes producían inestabilidad en el proceso de inversión del capitalismo: el motor de la acumulación. El capitalismo, según Keynes, era un sistema caracterizado por la incertidumbre. La inversión perdía su dinamismo cuando las *ganancias esperadas* sobre la nueva inversión se deprimían debido, primordialmente, a la restricción presente y prevista de la demanda. Al desaparecer las salidas para la inversión, el capital se dedicaba a la especulación, lo que daba lugar a burbujas de activos que

generaban inestabilidad financiera y presagiaban crisis más graves en el futuro.

La principal doctrina que desafiaba Keynes era la ley de Say según la cual la oferta crea su propia demanda. La economía ortodoxa, afirmaba Keynes, jamás se había liberado de ese error e, implícitamente, asumía en sus análisis básicos que «el sistema económico siempre operaba a plena capacidad». Eso significaba que el enfoque ortodoxo era «incompetente para abordar los problemas del desempleo y el ciclo económico [*trade cycle*]». ⁶ La tendencia que dominaba en el capitalismo moderno, pensaba él, era el viraje hacia un equilibrio con desempleo y un sustancial exceso de capacidad. Keynes, que defendía el sistema pero era partidario de políticas que fueran más allá de lo que la propia clase capitalista estaba dispuesta a aceptar, proponía como solución a esos problemas la «eutanasia del rentista», un descenso sustancial de la parte de las rentas que correspondía al capital y «una socialización integral, en cierto grado, de la inversión». ⁷ También señalaba la necesidad de reforzar el gasto civil del Gobierno para cubrir el hueco de la demanda efectiva y hacer avanzar la economía hacia un equilibrio de pleno empleo. Y defendía unos controles limitados de los movimientos internacionales de capitales.

Al referirse a su análisis como «teoría general», Keynes distinguía entre esta y la teoría neoclásica ortodoxa, a la que se refería como un «caso especial», cuyas características «resultan no ser las de la sociedad económica en la que en realidad vivimos» y que, por lo tanto, conducía a resultados que eran «engañosos y desastrosos». ⁸

La realidad de la Gran Depresión convenció a muchos economistas y observadores empresariales de finales de la década de 1930 de que Keynes tenía razón, y provocó la generalización de las referencias a la «revolución keynesiana». Sin embargo, las propuestas de Keynes relacionadas con la estimulación de la demanda efectiva a través del gasto civil del Gobierno no se aplicaron directamente en la década de 1930, y fue la Segunda Guerra Mundial la que sacó a los Estados Unidos y otras economías capitalistas avanzadas de la Gran Depresión. Después de la guerra, el análisis de Keynes se vio rebajado por figuras tales como Paul Samuelson, del MIT, que llevaron a lo que a veces se denominó la «síntesis neoclásico-keynesiana» o, con mayor frecuencia, la «síntesis neoclásica». En dicha síntesis que la colega más joven de Keynes, Joan Robinson, apodó de manera célebre como «keynesianismo bastardo», se excluían todas las ideas más revolucionarias de Keynes y su análisis se reincorporaba a la teoría clásica de modo subordinado. ⁹ Los economistas ortodoxos llegaron a la conclusión de que era posible una gestión efectiva de la economía capitalista mediante el ajust-

te de las políticas monetarias y fiscales, con especial énfasis en las primeras. Eso era posible porque, una vez más, se asumía implícitamente que la economía se comportaba de acuerdo con la ley de Say y avanzaba naturalmente hacia un equilibrio de pleno empleo, redefinido ahora como «tasa natural de desempleo». La globalización neoliberal, la desregulación, la supresión de toda restricción al movimiento de capitales, la creación de nuevas y sofisticadas arquitecturas financieras, todo ello se veía como constitutivo de la esencia de toda la lógica económica en una escala mundial.

De ahí que, en la década de 1970 (y aún más tras la crisis de estanflación de dicha década), Keynes había quedado relegado a una «teoría de caso especial de la economía de la Depresión», aplicable únicamente cuando la política monetaria ya no podía usarse efectivamente para potenciar la economía.¹⁰ No obstante, dicha condición ya no se consideraba relevante, ya que, tal y como declaró el economista de la Universidad de Chicago Robert Lucas en su alocución presidencial de 2003 a la American Economic Association, el problema de la depresión e, incluso, del ciclo económico estaba esencialmente resuelto. Esa opinión la repetía en 2004 Ben Bernanke, entonces gobernador de la junta de la Reserva Federal y ahora presidente de esta. Para Bernanke, la Gran Depresión ya no era objeto de interés teórico; el problema a resolver era más bien la «Gran Moderación», es decir, la reducción de la volatilidad de la economía capitalista en las décadas de 1980 y 1990. Lo que había que investigar, sostenía, eran las razones del fin efectivo del ciclo económico, que él atribuía a una política monetaria más sofisticada, inicialmente surgida de las ideas del monetarismo de Milton Friedman.¹¹

Hoy en día, se considera que figuras como Krugman desafían en parte esas conclusiones y representan el regreso de la teoría económica keynesiana. Sin embargo, no se trata de un regreso a Keynes en el sentido de su crítica teórica general de los fallos fundamentales del capitalismo. Es más bien un regreso al keynesianismo como «caso especial» de «teoría económica de la depresión», cuando la política monetaria es inefectiva y es necesario otorgar prioridad a una política fiscal expansiva.¹² No se desafía en sí misma la preponderancia de la economía neoclásica, que envileció y subordinó la visión ligeramente crítica del capitalismo de Keynes. Tampoco se cuestiona el capitalismo. Más bien, se asume que hubo fallos en la política monetaria y en los sistema de regulación que han arrastrado a la economía nuevamente al «caso especial» de la «economía de la depresión» keynesiana.

Por eso, lo que Keynes denominó los «inconvenientes destacados» de la economía capitalista apenas se abordan como tales. Su biógrafo más

difundido (y reaccionario) presenta a Keynes como un gran «remediador» y poca cosa más.¹³ La política que de ahí resulta pone el énfasis en el estímulo fiscal, una leve redistribución de las rentas, unas nuevas regulaciones financieras y unas reformas internacionales en el comercio de divisas. La crisis se aborda como una especie de *shock* externo (o, como dice Krugman, la propagación de un virus desconocido).¹⁴ La gravedad del empeoramiento económico podría sugerir que lo que ahora está operando son determinadas fuerzas a largo plazo (más que los factores normales del ciclo económico). Sin embargo, el hecho de que el capitalismo sea un sistema histórico inherentemente contradictorio, que muestra una irracionalidad cada vez mayor en sus últimos estadios, es una cuestión completamente vedada para los economistas ortodoxos, incluso para aquellos teóricos supuestamente situados a la izquierda del centro, como Krugman y Joseph Stiglitz.

Parte del problema es que, aunque el pensamiento de Keynes era demasiado radical para el sistema que él pretendía defender, al mismo tiempo no era lo bastante radical. No explicaba completamente las contradicciones presentes en el núcleo del capitalismo. Para una teoría verdaderamente general de la acumulación y la crisis bajo el capitalismo, Marx y la economía política posterior en la tradición de Marx siguen siendo cruciales. Para Marx, la esencia del capitalismo radicaba, según su famosa abreviatura, en la relación D-M-D'. El capitalismo era un sistema en el que el capital dinerario (D) se intercambiaba por mercancías (M) que se transformaban en nuevas mercancías mediante la producción, que después se vendían nuevamente por más dinero D' (o $D + \Delta D$, es decir, la plusvalía). La naturaleza de dicho proceso era tal que no tenía fin. El D' se reinvertía en el próximo periodo de producción, con el objeto de obtener D'' al final, y así sucesivamente *ad infinitum*.¹⁵ Cualquier interrupción de la acumulación incesante de capital en ese sentido apuntaba hacia una crisis. Además, la propia existencia de un sistema organizado de esa manera hacía posible que se produjera una crisis por escasez de demanda efectiva. Para Marx, nunca hubo duda sobre cuál era la raíz de las crisis económicas capitalistas. «La última razón de todas las crisis verdaderas será siempre la pobreza y la limitación del consumo de las masas frente al instinto de la producción capitalista de desarrollar las fuerzas productivas como si solo la capacidad absoluta de consumo de la sociedad constituyera su límite».¹⁶

Con respecto a la expansión financiera y las crisis financieras, Marx escribió en el volumen 3 de *El capital* que toda la «esfera de la producción puede quedar saturada de capital», con la consecuencia de que las ganan-

cias entran cada vez más en la esfera de la especulación. «[S]i esta nueva acumulación [de capital especulativo]», escribía,

tropezaba en su empleo con dificultades, con deficiencias en la esfera de la inversión, se dará una saturación de las ramas de producción y un excedente de la oferta de capital a préstamo, y esta plétora del capital-dinero a préstamo no hará más que indicar los límites de la producción *capitalista*. Las simulaciones de créditos que se presenten mostrarán que no existe obstáculo positivo para el empleo de este capital excedente, pero que sí existe un obstáculo motivado por las leyes del incremento del capital, que ponen límites a su valoración como capital.¹⁷

Esas «simulaciones de créditos», que aparecen con el giro hacia el capital-dinero (representado por Marx como D a D') como base de la acumulación de riqueza, preceden inevitablemente a la quiebra. «El negocio está muy sano y la campaña florece en grado sumo, hasta que de pronto se produce la catástrofe». Para Marx, no había nada más natural que una crisis de liquidez en una situación de ralentización económica en la que el capital siente un hambre insaciable de dinero en efectivo. Imitando el Salmo 42, escribió que el capitalista desea y acapara dinero de todas las maneras: «Como el ciervo brama anhelando el agua fresca, brama ahora el alma del burgués anhelando dinero, la única riqueza».¹⁸

No obstante, si Marx constituye el punto de arranque de una teoría general del capitalismo y las crisis, su análisis no incluye muchos de los problemas específicos de hoy en día, dada la evolución histórica del sistema desde su época. Para los marxistas, comenzando por Hilferding, Lenin y Luxemburg, la evolución histórica del sistema a comienzos del siglo xx se entendió primordialmente en términos del desarrollo de un nuevo estadio del capitalismo, al que a menudo se denominaba capitalismo monopolista. Eso reflejaba el hecho de que el cambio más significativo en la estructura del capitalismo en el siglo xx surgió de lo que Marx llamaba la concentración y la centralización de la producción, lo que dio lugar a la aparición de las empresas gigantes y el sistema de crédito moderno.

El intento más ambicioso y sostenido de desarrollar un análisis de cómo la acumulación de capital se vio alterada con la economía de las empresas gigantes fue el llevado a cabo por Michael Kalecki, Josef Steindl, Paul Baran, Paul Sweezy y Harry Magdoff. Kalecki fue un economista marxista polaco que también desempeñó un importante papel en la revolución keynesiana, después de introducir la mayoría de las innovaciones fundamentales que se asocian con la teoría general de Keynes antes que el propio Keynes. Steindl fue un economista austriaco que trabajó con Kalecki en

el Instituto de Estadística de Oxford durante la Segunda Guerra Mundial.¹⁹ Sus trabajos fueron ampliados hasta convertirse en un análisis del papel del Estado y fue popularizado por la obra de Paul Baran y Paul Sweezy, *Monopoly Capital: An Essay on the American Economic Order* [El capital monopolista: un ensayo sobre el orden económico estadounidense], de 1966.²⁰ Esa perspectiva teórica se aplicó más tarde a la economía mundial y al estancamiento sigilosamente creciente de las décadas de 1970, 1980 y 1990, en una serie de obras de Sweezy y Magdoff. Estos pensadores sostenían que la economía capitalista no tendía por naturaleza hacia un crecimiento rápido.²¹ Eran necesarios unos «factores evolutivos» de naturaleza histórica, bastante específicos, para que se produjera un fuerte crecimiento durante un periodo dado.²² Eso era especialmente cierto de un sistema dominado por el capital monopolista, en el que la formación de precios y las ganancias monopolistas estaban asociadas a ciertas restricciones a la acumulación. El principal problema de la acumulación para las corporaciones monopolistas era encontrar suficientes salidas de inversión para los enormes y cada vez mayores excedentes de que disponían. A falta de nuevos factores históricos que aumentasen las salidas de inversión y absorbieran el capital excedente, el sistema de acumulación tendía a ahogarse. Por eso, «el estado *normal* de la economía capitalista monopolista», afirmaban Baran y Sweezy, era «el estancamiento».²³

En las décadas inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos y las demás economías capitalistas avanzadas experimentaron un periodo de prosperidad, más tarde descrito como la «Edad de Oro». Este se basó en el estímulo procedente de factores históricos como (1) un elevado nivel de liquidez de los consumidores inmediatamente después de la guerra; (2) la reconstrucción de las economías europeas y japonesa, devastadas por la guerra; (3) una segunda gran ola de automovilización (que incluyó el impulso a las industrias del caucho, el acero y el vidrio, la construcción del sistema de autopistas interestatales y la urbanización del país según un modelo de zonas residenciales en los alrededores de las ciudades); (4) el incremento de las campañas de ventas en forma de expansión de la publicidad y de otras formas de dispendio vinculadas a la venta; y (5) un elevado gasto militar ligado a dos guerras regionales en Asia. Sin embargo, en la década de 1970 todos esos factores que compensaban la tendencia al estancamiento estaban básicamente en declive. La consecuencia fue una rápida ralentización de la economía. La inversión neta descendió en los Estados Unidos, y la mayor parte de la inversión que tenía lugar se nutría de los fondos de amortización de las empresas. En esa situación, hacía falta una nueva salida a los excedentes (ganancias) de las corporaciones.

Esta apareció en la década de 1970, y creció aún más en las de 1980 y 1990 por medio, primordialmente, del desarrollo del sistema financiero, en una escala y con una duración que carecían de cualquier precedente histórico. El capital, a falta de salidas para la inversión, fluyó cada vez más hacia la especulación financiera, mientras que la llamada industria de servicios financieros lograba encontrar una y otra vez nuevos instrumentos para absorber dicho capital. Hyman Minsky, economista de orientación socialista inspirado por Keynes, e influido por Kalecki y Hansen, al observar esos nuevos desarrollos formuló su ahora conocida tesis de que la inestabilidad financiera es una «parte ineludible» de capitalismo desarrollado. El análisis de Minsky se basaba en la idea de Keynes de que había un defecto en el proceso de acumulación del capitalismo que estaba vinculado a la creación de burbujas especulativas que incrementaban los precios de activos sobre la base de una «economía real» deprimida.²⁴ Sin embargo, Keynes y Minsky lo entendían como un fenómeno que se producía en gran medida en la cúspide de un *boom*.

Por el contrario, Magdoff y Sweezy sostenían, ya en la década de 1970, que existía un «descenso a largo plazo de la liquidez» que procedía del supuesto «“éxito” en el control de ciclo económico». La consecuencia era que la economía estadounidense se enfrentaba al creciente problema de una cada vez mayor «corrección de la deuda» [*debt-squeeze out*] que exigiría que el valor real y el valor nominal volvieran a concordar. Cuanto más se hinchara la deuda sin experimentar una gran contracción, mayor se iría haciendo el problema.²⁵ Increíblemente, ese proceso de expansión financiera se mantuvo durante décadas, con tan solo algunos ajustes crediticios relativamente poco importantes, o «restricciones del crédito», hasta la gran crisis financiera de 2007-2009.

En el título de una de sus obras, Magdoff y Sweezy denominaron a esa contradicción a largo plazo «estancamiento y explosión financiera», y sostenían que existía una «unión simbiótica» entre ambos.²⁶ Finalmente, a ese proceso a largo plazo de explosión financiera se lo describiría como la «financiarización» de la economía capitalista, y se consideró que el capital monopolista se había transformado en capital «monopolista-financiero». La economía se volvió cada vez más dependiente de la inflación de una burbuja financiera tras otra. La deuda total en relación al PIB de la economía estadounidense aumentó desde el 151% en 1959 al 373% en 2007, y la calidad de la deuda decreció a medida que aumentaba la cantidad. Sin embargo, la economía real mostraba una tolerancia cada vez más adictiva —la necesidad de más incluso para obtener un efecto de decrecimiento— a la expansión de la deuda. En la década de 1970, el aumento del PIB esta-

dounidense fue de unos 60 centavos por cada nuevo dólar de deuda; a comienzos de la década de 2000, este había descendido a unos 20 centavos por cada nuevo dólar de deuda.²⁷

Un elemento clave para el desarrollo de los Estados Unidos como centro de lo que acabó siendo una financiarización mundial del capitalismo fue el papel del dólar como divisa mundial hegemónica, lo que esencialmente permitía a la economía estadounidense imprimir dólares cuando los necesitaba y tomar prestado del resto del mundo en una escala sin precedentes. Eso convirtió a la economía estadounidense tanto en consumidor de último recurso como en centro de acumulación de deuda para el conjunto de la economía mundial. El enorme y creciente déficit por cuenta corriente de los Estados Unidos ha significado que el país ha tenido que imponer a sus socios comerciales (o «atraer») centenares de miles de millones de dólares anuales de inversiones en activos —cada vez más ficticios— de papel* en dólares. El proceso está tocando a su fin debido a la cantidad jamás imaginable de deuda nueva que el Gobierno de los Estados Unidos debe emitir el próximo año, ya que todas la burbujas anteriores se han ido incorporando a una «burbuja del Tesoro».

Jim Reid, perspicaz analista del Deutsche Bank, escribía a mediados de diciembre de 2008 que «si el 2009 va terriblemente mal, será probablemente porque se produzca una fuerte presión sobre una de las principales divisas o sobre un mercado de bonos del Estado», y sugiere que «el Reino Unido sigue siendo el caso más vulnerable dentro de los mercados desarrollados». Dado el débil papel de la libra, una previsión así todavía puede considerarse un acontecimiento económico normal. Sin embargo, aunque el dólar estadounidense se encuentra sometido a idénticas presiones en una escala mucho mayor, su papel como medio de pago global y divisa de reserva significa que una fuerte presión sobre este no puede verse como un acontecimiento económico normal, sino solo como un cambio radical en la economía política global.²⁸

En 1997, Paul Sweezy afirmaba que la globalización era una tendencia a muy largo plazo del capitalismo, cuyo rastro se podía seguir hasta sus mismos orígenes en los siglos xv y xvi. Esa tendencia globalizante tuvo fuertes efectos en algunos periodos como, por ejemplo, el surgimiento de China como una de las grandes potencias de la economía mundial. Sin embargo, los fenómenos dominantes que gobernaban la acumulación

* En inglés, *paper assets*, que incluyen acciones, bonos, papel comercial, divisas, etc., y se oponen a los *tangible*, que comprenden bienes tangibles tales como tierras, oro, propiedad inmobiliaria, etc. [T.]

mundial a finales del siglo xx eran, según Sweezy, el trío formado por: «(1) la ralentización de la tasa global de crecimiento; (2) la proliferación en todo el mundo de corporaciones multinacionales monopolistas (u oligopolistas); y (3) lo que podríamos denominar la financiarización del proceso de acumulación de capital».²⁹ Claramente, la financiarización era el desarrollo más alarmante e inestable. Si el proceso de financiarización revirtiera o, incluso, si se ralentizara, sugería Sweezy, el resultado sería un profundo estancamiento. Era difícil decir cuándo sucedería eso. La financiarización, afirmaban Magdoff y Sweezy, podía proseguir durante algún tiempo. Aun así, en algún momento la creciente montaña de deuda superaría la capacidad de los Gobiernos capitalistas para intervenir efectivamente como prestamistas de último recurso y una avalancha financiera provocaría una crisis sin precedentes. Esa gran crisis histórica del capitalismo, surgida de unas condiciones igualmente sin precedentes, no plantearía meramente un «retorno de la economía de la depresión», tal y como lo entendían, de manera muy limitada, los economistas ortodoxos, sino que significaría el colapso de un régimen de acumulación financiado, con repercusiones mundiales reales y duraderas. La consecuencia más probable a largo plazo era una fuerte ralentización de la tasa tendencial de crecimiento.

Con la gran crisis financiera de 2007-2009 y la aparición del deterioro económico más grave desde la Gran Depresión, todas esas previsiones basadas en la interpretación del desarrollo histórico del sistema se han hecho realidad. En términos de las condiciones que experimentarán las poblaciones obreras de todo el planeta como consecuencia de este deterioro sin precedentes (solo comparable al de la década de 1930), lo peor está aún por venir.

Las economías emergentes, donde la crisis tal vez resulte más desgarradora, ya están viendo cómo se secan sus mercados de exportación. Para China, cuyas exportaciones representaban en 2001-2006 más del 30% del PIB, y cuyas exportaciones netas estaban próximas al 4% del PIB, la contracción de los mercados de Estados Unidos, Europa y Japón constituye una grave amenaza. China está experimentando actualmente la mayor desaceleración del crecimiento económico en treinta años. Las exportaciones chinas se han contraído, las ventas de automóviles se han desplomado y el empleo está disminuyendo en las ciudades. Los precios de la vivienda están bajando en las grandes zonas urbanas y se está produciendo un fuerte descenso de la inversión en propiedad inmobiliaria, lo que augura una crisis financiera mucho mayor. Millones de esa «población flotante» china de trabajadores emigrantes que alimentó la industrialización están en paro y regresan a las zonas rurales. Se teme que la fuerte caída del crecimiento

económico y los amenazadores síntomas de deflación en China arrastren el crecimiento mundial a cifras cercanas a cero.³⁰ En la medida, no poco considerable, en que la explosión financiera global generada por los Estados Unidos ha contribuido al crecimiento de la economía real china, la implosión financiera global generada en los Estados Unidos contribuirá a su contracción. Las crisis económicas son endémicas del capitalismo, pero el grado de desastre económico que afecta al sistema, tal y como muestran las condiciones en los Estados Unidos, por un lado, y en China, por otro, carece ahora de precedentes en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, y el fin todavía no se divisa.

La creciente amenaza de un colapso ecológico planetario

Al ocuparme del capitalismo como un sistema fallido, me he centrado en primer lugar en la crisis económica cada vez más profunda. Sin embargo, no es ese el peor problema mundial. El mayor peligro es la creciente amenaza de un colapso ecológico planetario. El problema es aquí mucho mayor que en el caso de la economía mundial, aunque el sentimiento de alarma y las llamadas a la acción inmediata y en masa están menos extendidas. Tal y como afirmaba la Fundación Tällberg de Suecia en su informe de 2008, *Grasping the Climate Crisis: A Provocation* [Entender la crisis climática: una provocación]:

El mundo [en la actualidad] se enfrenta al hundimiento del sistema financiero global. Las consecuencias son asombrosas y, por todo el mundo, su onda expansiva asesta los más duros golpes a los pobres. El miedo va en aumento. Habría cabido esperar en cierto modo que el nivel de preocupación hubiera sido el mismo con respecto al colapso que se avecina de importantes partes del sistema terrestre: rápida deforestación, sobrepesca, escasez de agua potable y desaparición de los hielos marinos en el Ártico. Las informaciones sobre ese tipo de acontecimientos y procesos son abundantes, pero el grado de preocupación sigue siendo notoriamente bajo.³¹

La amenaza ecológica de mayor gravedad es, por supuesto, el calentamiento global, que está provocando el cambio climático generalizado, con múltiples caras y con implicaciones desastrosas para la vida en la Tierra. Sin embargo, en un sentido más general, la crisis ecológica global implica múltiples problemas y no puede reducirse tan solo al calentamiento global. Todos esos diversos problemas tiene un origen común en la economía

mundial, incluidos problemas como la extinción de especies, la desaparición de selvas tropicales (así como de los ecosistemas selváticos en general), la contaminación y la destrucción de la ecología marina, la desaparición de los arrecifes de coral, la sobreexplotación pesquera, la merma de recursos de agua potable, la devastación de lagos y ríos, la desertización, los residuos tóxicos, la contaminación, la lluvia ácida, el cada vez más cercano agotamiento de los recursos de petróleo crudo, la congestión urbana, los perjudiciales efectos de las grandes presas, el hambre mundial, la superpoblación, etc. Todas esas amenazas juntas constituyen el mayor desafío para la supervivencia de la humanidad desde la prehistoria.

La amenaza del calentamiento global se cierne con rapidez. El deshielo marino en el Ártico, que algunos científicos creen que podría quedar libre de hielo durante el verano en menos de una década, se ve como una amenazadora «alteración del albedo» [*albedo flip*]: una reducción drástica del reflejo de la radiación solar y una aceleración del cambio climático. Mientras tanto, el derretimiento de las capas de hielo de la Antártida Oeste y Groenlandia apunta hacia un «punto de ruptura» [*tipping point*] irreversible dentro de una década que presagia un aumento de los niveles marinos que acabará por engullir grandes centros de población en zonas bajas. La combinación de esos trascendentales puntos de ruptura medioambiental con mecanismos de retroalimentación positiva que aceleran el cambio climático han convencido a un número creciente de climatólogos de que será inevitable un cambio climático irrevocable y catastrófico si en la próxima década no se emprenden acciones para reducir drásticamente las emisiones de gases de efecto invernadero.³² La atmósfera está llegando al techo de CO₂ y otros gases de efecto invernadero que producirán ese aumento de 2° C de las temperaturas medias globales que el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés) de las Naciones Unidas ha intentado evitar. Además, mientras seguimos actuando como si aquí no pasara nada, el mundo sigue un rumbo que bien podría provocar aumentos de la temperatura media global dos o tres veces superiores en este siglo, lo que augura todo un infierno para la vida sobre el planeta.³³

De hecho, nuevos datos científicos sugieren que un aumento de 2° C sería en sí mismo desastroso, en términos de subida del nivel del mar y desencadenamiento de diversos mecanismos de retroalimentación que se autorreforzarían y podrían acelerar el cambio climático en todo el sistema terrestre. Eso significa que muchos científicos destacados piensan ahora que permitir que la concentración de gases de efecto invernadero en la atmósfera se establezca en 550 partes por millón (ppm), tal y como prevé

el *Informe Stern* —una medida que la mayoría de los economistas ortodoxos consideran como una respuesta «radical» al control de las emisiones de carbono— o, incluso, permitir una concentración de carbono de 450 ppm (lo que se considera coherente con un techo de 2° C de aumento de la temperatura media global) acarrearía un riesgo de cambios catastróficos.

James Hansen, director de Instituto Goddard de Estudios Espaciales de la NASA, y otros climatólogos afirman ahora que el objetivo debe ser reducir el nivel de carbono atmosférico por debajo de las actuales 387 ppm, hasta las 350 ppm o menos. Eso significa que las emisiones netas de CO₂ deben «aproximarse a cero». También son necesarios grandes cambios en el uso de la energía y del suelo, lo que exige una gran reorganización social. Según Hansen y sus colegas, «si el rebasamiento actual de dicho objetivo [de 350 ppm] de CO₂, no se produce en breve, existe la posibilidad de que estemos sembrando efectos catastróficos irreversibles». De hecho, «el constante aumento de las emisiones de gases de efecto invernadero durante tan solo una década más suprime prácticamente la posibilidad de recuperar a corto plazo una composición atmosférica por debajo del nivel de ruptura que desencadenaría efectos catastróficos». El mundo se enfrenta en la actualidad a la perspectiva de dejar irrevocablemente atrás el clima suave y protector del Holoceno que ha definido las condiciones medioambientales durante toda la existencia de la civilización humana.

Todas esas aciagas advertencias de destacados climatólogos se basan en la percepción de las debilidades de la mayoría de los anteriores modelos climáticos informatizados, que no explican completamente los procesos «lentos» de retroalimentación climática, tales como «el derretimiento de las capas de hielo, la migración de la vegetación y la emisión de GEI [gases de efecto invernadero] por parte de los suelos, la tundra o los sedimentos oceánicos». Por eso, ahora se admite que el cambio climático puede acelerarse hasta quedar fuera de control aun con niveles más bajos de acumulación de gases de efecto invernadero en la atmósfera de los que previamente se suponían. Para llegar a dichas conclusiones, Hansen y sus colegas no se basan «en modelos climáticos, sino más bien [...] en pruebas empíricas del cambio climático pasado y actual», gracias a la utilización de datos paleoclimáticos.³⁴

Si los científicos nos dicen que el tiempo ecológico se está acabando si es que queremos evitar unos catastróficos efectos globales, los economistas ortodoxos que se ocupan de la cuestión climática sostienen que aún nos queda mucho margen de maniobra. William Nordhaus, principal analista económico ortodoxo del calentamiento global en los Estados Unidos, es partidario de una «rampa de políticas climáticas» en la cual, tras unas

modestas reducciones de las emisiones de gases de efecto invernadero a corto plazo, seguirían unas reducciones más ambiciosas a largo plazo.

Sin embargo, Nordhaus prevé que, en condiciones «óptimas», la concentración de CO₂ en la atmósfera aumentaría hasta unas 480 ppm en 2050, 586 ppm en 2100, y hasta las 700 ppm en 2175. En realidad, Nordhaus y otros economistas ortodoxos afirman que los riesgos que representa para el planeta una temperatura media 5° C superior, o más, que la de la época preindustrial, que serían las temperaturas provocadas por tales concentraciones de CO₂ en la atmósfera, pueden compensarse mediante inversiones en otros ámbitos de la economía para la mejora del bienestar. Sin embargo, la realidad es que, en contraposición a lo que dice la teoría económica burguesa, eso contradice todas las evaluaciones científico-ecológicas, y amenaza con una catástrofe absoluta para la civilización humana y para el planeta tal y como lo conocemos.³⁵

En realidad, solo hay una forma de explicar el hecho de que los economistas ortodoxos sean los principales adversarios ideológicos de una drástica reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero, aun a riesgo de convertir el planeta en un infierno, y esta es su papel primordial como defensores del sistema capitalista y promotores de su búsqueda de ganancias y acumulación a cualquier precio. Nada demuestra con tanta claridad lo que John Kenneth Galbraith describía (en el título de su último libro) como *The Economics of Innocent Fraud* [Teoría económica del fraude inocente]. «El capitalismo, tal y como hoy lo conocemos», ha escrito James Gustave Speth, antiguo director del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas, «es incapaz de sostener el medioambiente».³⁶ Así pues, acudir a la economía ortodoxa en busca de respuestas es un grave error, tal vez fatal, de las políticas actuales.

Los defectos ecológicos fundamentales del sistema capitalista los han resaltado primordialmente los pensadores procedentes de la economía política crítica de la tradición marxista o que están profundamente influidos por esta. En los Estados Unidos, dos conceptos críticos procedentes de Marx han tenido gran influencia en la sociología medioambiental: la «expansión de la producción» [*treadmill of production*] y la «escisión metabólica» [*metabolic rift*]. El concepto de la expansión de la producción es la idea de que el capitalismo se encamina por encima de todo hacia un crecimiento exponencial, tal y como sugería la ecuación D-M-D' de Marx. El nivel de actividad económica de cada periodo parte del nivel terminal del periodo anterior, lo que provoca que la producción económica se doble en, por ejemplo, un cuarto de siglo con una tasa anual de crecimiento del 3%, un proceso que se interrumpe, pero no finaliza, con los descensos del ciclo

económico. La fuerza impulsora de esa expansión es la acumulación de capital y la búsqueda de ganancias siempre mayores. El país que ha experimentado la tasa más rápida de crecimiento a lo largo de un periodo sostenido de tiempo ha sido, por supuesto, China, donde la economía, según la afirmación más bien fantástica (y un tanto dudosa) de Bloomberg.com, «se ha multiplicado por 69» desde 1978.³⁷ Sin embargo, ese crecimiento exponencial, aunque sea con niveles inferiores a los de China, es característico del capitalismo en general, aun allí donde la economía experimenta tan solo un crecimiento lento o estancamiento, del que son representativas las economías avanzadas capitalistas en décadas recientes. Con el capitalismo, sostenía Marx:

Vemos cómo [...] el modo de producción y los medios de producción se transforman continuamente, se revolucionan, *cómo a la división del trabajo le sigue necesariamente una división mayor del trabajo, a la aplicación de maquinaria le sigue una mayor aplicación de maquinaria, al trabajo en gran escala le sigue un trabajo en escala aún mayor.*

Esa es la ley que, una y otra vez, expulsa a la producción capitalista de su antiguo curso y que obliga al capital a intensificar las fuerzas productivas del trabajo, *porque* las ha intensificado, ella, la ley que no deja descanso alguno al capital y continuamente le susurra al oído: «¡Adelante! ¡Adelante!».

Para Marx, también los trabajadores estaban encadenados a la expansión de la producción, ya que sus condiciones solo se volvían tolerables durante breves periodos de tiempo gracias al rápido crecimiento económico, aunque eso reducía su condición *relativa* dentro del sistema y, por eso, los hacía aún más dependientes de los señores capitalistas.³⁸

Desde la perspectiva ecológica, claro está, ese sistema de crecimiento a cualquier precio, sinónimo del capitalismo, coloca a la economía mundial en conflicto directo con la sostenibilidad medioambiental. El rápido crecimiento chino en décadas recientes también ha provocado tasas récord de degradación medioambiental por su parte. China está ahora próxima a los Estados Unidos en emisiones anuales de dióxido de carbono, aunque muy por detrás suyo en emisiones per cápita. Sin embargo, a pesar de la gravedad de esa contradicción entre la economía capitalista y el planeta, los economistas del *establishment* critican por lo general cualquier intento decidido de impedir el cambio climático, o sea, de rescatar a la naturaleza. Al mismo tiempo, no dudan en defender el gasto de billones de dólares para rescatar a los bancos. El principal asesor económico del presidente electo Barack Obama, Larry Summers, es famoso por sus diatribas antiecológicas.

tas. Ha dicho en más de una ocasión que tiene el mismo sentido económico en términos de bienestar futuro el gasto en diversos factores no medioambientales —por ejemplo, la reconstrucción de infraestructuras (carreteras, puentes)— que los intentos de preservar el medioambiente, por ejemplo, las selvas tropicales. Hablando del problema del calentamiento global, Summers afirmaba ingenuamente en 1992 que, teniendo en cuenta «los cálculos más pesimistas de los climatólogos [...], el cambio climático reducirá el crecimiento a lo largo de los dos próximos siglos en menos de un 0,1% al año». ³⁹ No obstante, según *los cálculos más pesimistas de los climatólogos* en aquel momento —que ahora se han demostrado acertados—, si todo sigue igual, el calentamiento global amenazaba tanto la vida sobre el planeta como la propia civilización humana. De hecho, no hay nada tan desquiciado como la idea de Summers y otros economistas ortodoxos de que podemos destruir el planeta tal y como lo conocemos y la economía capitalista seguirá como antes.

Irónicamente, el enfriamiento actual de la economía capitalista puede ayudar temporalmente a detener algunas de las cargas crecientes de la biosfera, al reducir la tasa de incremento del consumo total de energía y materias primas. Sin embargo, la respuesta habitual a la crisis económica dentro del capitalismo consiste en suprimir las protecciones que antes se concedían a los trabajadores y al medioambiente. Por eso, el declive económico es probable que produzca formas más intensivas de explotación ecológica.

La creciente escala de la economía capitalista y la carga que esta impone a una biosfera limitada no lo son todo. Más importante aún es, en último término, la integridad real de los ecosistemas y los procesos biogeoquímicos básicos del sistema terrestre. Aquí, la teoría de Marx de la escisión metabólica nos ayuda a entender la destrucción *intensiva*, y no meramente *extensiva*, del medioambiente por parte del capitalismo. Ya desde el principio, la visión de Marx había incluido un elemento ecológico. En sus *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, escribía sobre los daños medioambientales causados por el capitalismo industrial en forma del «envenenamiento general, tal como se muestra en las grandes ciudades». Para Marx, «decir que el hombre vive de la naturaleza significa que la naturaleza es su *cuerpo*, con el cual debe permanecer en continuo intercambio para no morir». ⁴⁰ Sin embargo, la crítica ecológica del capitalismo de Marx no cristalizó hasta la publicación del volumen 1 de *El Capital* en 1867. Esta estuvo influida por la crítica de la agricultura industrial británica desarrollada por Justus von Liebig, el principal químico alemán de la época. Basándose en Liebig, Marx señaló el hecho de que, al enviar alimentos y

fibras a los nuevos centros urbanos situados a centenares o, incluso, miles de kilómetros (reflejo de la creciente división entre campo y ciudad), la agricultura industrializada capitalista estaba en realidad agotando nutrientes básicos del suelo (como el nitrógeno, el potasio y el fósforo), que ya no recirculaban hacia la tierra. Eso produjo una gran crisis del suelo en Europa y los Estados Unidos en el siglo XIX. Marx describió dicha crisis como «una escisión irreparable en el proceso interdependiente del metabolismo social, un metabolismo prescrito por las leyes naturales de la propia vida». Sostuvo que la sociedad exigía la «restauración» de un metabolismo humano sostenible con la naturaleza, lo cual, no obstante, solo podía lograrse con una sociedad de productores asociados.⁴¹ En la concepción más radical de la sostenibilidad jamás desarrollada, Marx escribía:

Desde el punto de vista de una formación económico-social superior, la propiedad privada del planeta en manos de individuos aislados parecerá tan absurda como la propiedad privada de un hombre en manos de otro hombre. Ni siquiera toda una sociedad, una nación o, es más, todas las sociedades contemporáneas reunidas, son propietarias de la tierra. Solo son sus poseedoras, sus usufructuarias, y deben legarla mejorada, como *boni patres familias* [buenos padres de familia], a las generaciones venideras.⁴²

A lo largo de la década actual, ha habido muchas investigaciones que aplicaban el concepto general de Marx de escisión metabólica a la explicación de diferentes disyunciones en la ecología global relacionadas con la explotación capitalista del suelo, los bosques, los océanos y el ciclo del carbono.⁴³ Eso ha llevado a la conclusión, en palabras de los sociólogos medioambientales Brett Clark y Richard York, de que «el capitalismo es incapaz de regular su metabolismo social con la naturaleza de una forma medioambientalmente sostenible. Sus mismas operaciones violan las leyes de restitución y restauración metabólica. El impulso constante hacia la renovación del proceso de acumulación de capital intensifica su metabolismo social destructivo e impone a la naturaleza las necesidades del capital, independientemente de las consecuencias para los sistemas naturales».⁴⁴

Al enfrentarse a las crisis ecológicas, el sistema no hace ningún esfuerzo para ir hasta las raíces del problema, que están en las relaciones sociales que socaban lo que Marx denominó «las condiciones vitales de existencia». Más bien, se le da la vuelta al problema y el capitalismo sigue «desplegando la misma estrategia fallida una y otra vez».⁴⁵ El resultado es la exacerbación del desastre ecológico. La solución que aportó el capitalismo a la crisis de los suelos del siglo XIX de la que trataron Liebig y Marx no

fue la restauración del metabolismo humano con el suelo, sino más bien el desarrollo de fertilizantes sintéticos, basados principalmente en el nitrógeno, que marcaron el inicio de la moderna agroindustria y que, dado su elevado uso de petróleo, son una importante causa de calentamiento global, además de contribuir a las zonas muertas del océano. La solución del capitalismo a la producción agrícola mundial en forma de la moderna agroindustria ha producido una mayor polarización entre riqueza y hambre. De los más de 6.000 millones de personas que pueblan el mundo en la actualidad, las Naciones Unidas indican que en torno a 1.000 millones sufren hambre, y la cifra (tanto relativa como absoluta) continúa en aumento. En los propios Estados Unidos, más de 36 millones de personas, un 12% de la población aproximadamente, sufrían de «inseguridad alimentaria» en 2007.⁴⁶

La solución última del capitalismo a los problemas ecológicos —dado que cualquier cambio fundamental en el sistema está fuera de lugar— es tecnológica. Sin embargo, cualquier mejora tecnológica de la eficiencia en el uso de los recursos naturales resulta abrumadoramente desbordada por el modelo de crecimiento extensivo y ecológicamente perjudicial que caracteriza a ese ávido sistema. Por eso, el capitalismo es un sistema fallido en cuanto a la sostenibilidad ecológica.

La inestabilidad imperial global

Todo lo dicho hasta ahora hay que entenderlo en términos del capitalismo como sistema mundial. El capitalismo inició su existencia en los siglos xv y xvi extendiéndose desde un pequeño rincón de Europa, y fue desde el principio una economía globalizadora. Sin embargo, su globalización tomó la forma, desde el principio, de una división entre centro y periferia, y su naturaleza era, por tanto, imperial. El sistema se orientó desde sus inicios a las necesidades de la acumulación en el centro, en la cúspide de la jerarquía-mundo. Con el paso del tiempo, cada vez más zonas externas se han incorporado a la economía-mundo capitalista, de modo que la globalización, en el sentido de la ascendencia global del capital, está ahora más o menos completa. El caso más dramático en décadas recientes ha sido la rápida integración de China a la economía mundial (y el colapso del bloque soviético y la subsiguiente integración de la mayoría de sus Estados en forma de satélites dependientes del capitalismo occidental).

Aun así, la globalización en sí misma no es una forma demasiado útil de entender la dinámica de acumulación del sistema en este estadio espe-

cífico de su desarrollo, estadio que, como sostenía Sweezy, se caracteriza mejor en términos de estos tres elementos: el crecimiento lento (en el centro y en la economía mundial en su conjunto), la monopolización por medio de corporaciones multinacionales, y la financialización. La globalización sostenida, en combinación con la financialización, ha creado la ilusión, propagada por algunos ideólogos del sistema, de que «el mundo es plano». ⁴⁷ Sin embargo, el capitalismo sigue siendo un sistema económico mundial dividido en Estados nacionales separados con diferentes recursos de poder, una contradicción que resulta imposible trascender dentro del sistema. Mientras tanto, el crecimiento de las corporaciones multinacionales con base en los países del centro ha servido históricamente para canalizar los excedentes globales desde las periferias hacia el centro. La concentración de poder (económico, militar, financiero, de comunicación) en el centro es intrínseca al capitalismo como sistema mundial, aunque las naciones específicas que constituyen el centro y la periferia (y semiperiferia) puedan variar. Así pues, la economía mundial está desproporcionadamente centrada en las necesidades de acumulación en el núcleo. El sistema mundial capitalista es más estable cuando es gobernado por una única potencia hegemónica, como fueron Gran Bretaña durante la mayor parte del siglo XIX y los Estados Unidos durante gran parte del siglo XX. En periodos de inestabilidad hegemónica y crisis económica mundial, el sistema roza las condiciones de una crisis total, tal y como se vio en la Primera y la Segunda guerras mundiales.

El desastre económico mundial y el desastre ecológico planetario, de los que ya hemos tratado, se producen en una época en la que está teniendo lugar un desplazamiento geopolítico tectónico dentro del capitalismo. El poder relativo de los Estados Unidos continúa mermando, aunque ninguna potencia ni grupo de estas puede desafiarlo directamente en el presente, sobre todo desde la caída de la Unión Soviética. En tales circunstancias, el Estado norteamericano ha intentado alcanzar el control de aquellos recursos estratégicos y la posición geopolítica que pueden ocasionar un «nuevo siglo estadounidense», en lo que es claramente una era de «imperialismo desnudo». ⁴⁸ Todo eso ha dado lugar a una nueva doctrina oficial de guerra preventiva, así como al inicio de dicho tipo de guerras en Afganistán e Irak. Al mismo tiempo, Washington ha sido la primera fuerza en la promoción de políticas neoliberales y ha impuesto al mundo un capitalismo hayekiano, no para crear un mundo más plano, sino para consolidar el poder de aquellos Estados que ya están en la cúspide.

No obstante, esas ambiciones globales de un único Estado inevitablemente se transmutan de fuente de estabilidad hegemónica a fuente de ines-

tabilidad hegemónica para el sistema mundial. A pesar de sus tendencias globalizadoras, el capitalismo es incapaz de integrarse políticamente para crear un gobierno verdaderamente global. Por el contrario, los intentos de Washington de restaurar y expandir su hegemonía global, utilizando su poder militar para mejorar su posición económica, están produciendo lo que es en potencia el periodo más mortífero de la historia del imperialismo. Los Estados Unidos han extendido recientemente sus bases por todo el mundo, hasta estar presentes en tantos como son setenta países y territorios, mientras que las tropas estadounidenses operan en un campo aún más amplio. El gasto militar estadounidense en 2007, según cifras reconocidas, fue de 552.000 millones de dólares, aproximadamente lo mismo que el gasto militar estimado de todas las demás naciones del mundo juntas, mientras que el gasto militar real de los Estados Unidos fue en ese mismo año de 1 billón de dólares.⁴⁹ Amiya Kumar Bagchi, uno de los más distinguidos economistas indios, ha llamado a eso una «tercera edad axial», en la que «los Estados Unidos se han consolidado como el superimperialista,

y su Gobierno ha afirmado que ninguna ley ni organización internacionales pueden disuadirla de emprender cualquier acción material que consideren que es de interés nacional (lo que significa, claro está, en el interés del gran capital estadounidense). Al mismo tiempo, ese gran capital, respaldado por el poder militar del superimperialista, sigue su curso letal; el poder de negociación de los trabajadores de todo el mundo se está rebajando hasta niveles mínimos a través de una combinación de medidas: la completa desregulación de las finanzas, el debilitamiento del Estado y la privación de los trabajadores de todo derecho frente al capital mediante legislación.⁵⁰

No cabe duda de que, en este periodo, el aparato de seguridad nacional de los Estados Unidos considera a China, tal y como ha dicho el gran filósofo marxista István Mészáros, como su «último objetivo».⁵¹ En los últimos pocos años, eso ha quedado bien patente en: (1) informe tras informe del *establishment* de la seguridad nacional en los que se advierte de la creciente influencia de China en África y de su acceso a las reservas africanas de petróleo, cuyo control se considera vital para la «seguridad nacional» estadounidense; (2) continuos temores dentro de la comunidad de la *inteligencia* estadounidense hacia una alianza sino-iraní o sino-ruso-iraní; (3) los esfuerzos estadounidenses por crear un pacto militar con India; (4) la inquietud que generan los avances chinos en el espacio; y (5) los conflictos relacionados con el Tíbet, Taiwán, Corea del Norte y el mar de China. Aunque los Estados Unidos están económicamente ligados a China en el

presente por la producción de las corporaciones multinacionales y los intensivos intercambios comerciales y de divisas (tanto que las dos economías parecen estar en una especie de abrazo simbiótico), el aumento de la rivalidad geopolítica asociado al declive de la hegemonía estadounidense y el ascenso de China como potencia mundial crea la posibilidad de que surja una relación más explosiva.

En la actualidad, existen palpables temores en los círculos más elevados de Washington sobre la continuidad del papel del dólar como medio de pago en transacciones comerciales y divisa de reserva (un papel que, desde su perspectiva, es necesario y no-negociable), y ello a pesar del actual respaldo chino al sistema del dólar. Washington entiende que el apoyo ciego de China al dólar resulta problemático, sobre todo en el caso de una rápida devaluación de todas las obligaciones existentes en dólares como consecuencia de las políticas de la Reserva Federal. China posee 652.000 millones de dólares en bonos del Tesoro estadounidense (lo que supone un aumento desde los 459.000 millones que poseía a finales de 2007). En conjunto, posee el 10% de la deuda pública estadounidense. Una rápida devaluación del dólar solo se vería en China como una expropiación. Un subsiguiente alejamiento del dólar por parte de China, por limitado que fuera —y, por el momento, lo único que es inmediatamente posible son los alejamientos limitados—, podría desestabilizar drásticamente la totalidad del orden económico mundial dominado por los Estados Unidos.⁵²

Mientras siente inquietud por el aumento de la amenaza potencial que el ascenso de China representa para su hegemonía, Washington intenta también contener o debilitar a otros Estados como Rusia, Irán y Venezuela. No hay duda de que las crisis económica y ecológica, en la medida en que empeoren, tenderán a desestabilizar el sistema, lo que intensificará esas y otras tensiones imperiales.

La teoría geopolítica clásica sugiere que, solo si incluye los territorios que bordean Eurasia, puede una única potencia controlar el planeta. La estrategia estadounidense actual se centra en Oriente Medio como punto más vulnerable, estratégico y petrolífero de Eurasia. Sin embargo, su objetivo primordial es defender e, incluso, extender su propio predominio global, en proceso de debilitamiento, frente a sus potenciales rivales económicos y militares. Con la diseminación de armas de destrucción masiva —algo en realidad fomentado por los esfuerzos estadounidenses de consolidar su dominio militar y económico global—, no es difícil imaginar una situación en que las cosas escapen a todo control. El terror de un holocausto global derivado de dicha inestabilidad económica, ecológica y geopolí-

tica —amenazado en primer lugar por la negativa de Estados Unidos e Israel a reconocer el fracaso de sus políticas en Oriente Medio y la mala gestión de los recursos energéticos mundiales asociada a dicho fracaso— es un peligro que no podemos ignorar. Esa sombría realidad señala el fracaso de la paz —la *Pox* [sífilis] *Americana* en lugar de la *Pax Americana*— de un sistema fallido.⁵³

Más allá de un sistema fallido

Tal y como indica todo lo anterior, el mundo se enfrenta actualmente a la amenaza de una nueva depresión-deflación mundial, peor que ninguna otra de las vistas desde la década de 1930. El problema ecológico ha alcanzado un nivel que amenaza la totalidad del planeta tal y como lo conocemos. El capitalismo neoliberal parece tocar a su fin, junto con lo que algunos han llamado «neoliberalismo “con características chinas”». ⁵⁴ El declive de la hegemonía estadounidense, combinado con los actuales intentos del país por restaurar militarmente su hegemonía global mediante la llamada Guerra contra el Terror, amenaza con guerras más extendidas y holocaustos nucleares. El único denominador común que explica todas esas crisis es la fase actual del capital monopolista-financiero global. Las líneas defectuosas son clarísimas en términos del peligro para el planeta. Tal y como ha afirmado recientemente Evo Morales, presidente de Bolivia: «Con el capitalismo no somos seres humanos, sino consumidores. Con el capitalismo, la madre Tierra no existe, sino solo las materias primas». En realidad, «la Tierra es mucho más importante que [el] mercado bursátil de Wall Street y del mundo. [No obstante,] mientras que los Estados Unidos y Europa destinan 4,1 billones de dólares a salvar a los banqueros de una crisis financiera que ellos mismos han provocado, los programas contra el cambio climático reciben 313 veces menos, es decir, solo 13.000 millones de dólares». ⁵⁵

La crisis económica mundial es ahora tan grave que una figura como Martin Wolf, principal comentarista económico del *Financial Times* y «atlantista» tradicional, defensor de las políticas estadounidenses, advierte de que todo el sistema de comercio mundial podría quedar colapsado igual que en la década de 1930. No es ninguna sorpresa que Wolf atribuya la culpa a los «países mercantilistas» con grandes superávits exteriores y una demanda interior insuficiente, como China, Alemania y Japón. Él destaca a China como principal culpable. A los países llamados «mercantilistas» los acusa de realizar políticas de empobrecimiento del vecino a expensas de

los países deficitarios (es decir, sobre todo, de los Estados Unidos) y del mundo entero.⁵⁶ Ahora hemos llegado a un punto en el que es posible preguntarse cuáles serían las consecuencias del hundimiento del dólar como medio de pago y divisa de reserva global unilateral, y eso ha provocado en Wolf y los demás atlantistas algo próximo a la histeria. Son justamente esos Estados «mercantilistas» los que constituyen el plausible núcleo de una nueva divisa global multilateral, una previsión que provoca una inquietud y un horror inefables en los atlantistas y que genera tensiones geopolíticas que obstruyen cualquier proyecto de esa clase.

Está claro que la globalización neoliberal ha tocado a su fin, y que el capitalismo se encuentra en una crisis de largo plazo. Ahora nos enfrentamos a la «economía de la depresión», no como un caso especial, sino como caso general. Tal y como el teórico del sistema-mundo, Immanuel Wallerstein, ha sugerido por un tiempo, lo que se ha conocido como «globalización» en el último par de décadas era en realidad, en el nivel global, una «época de transición» desde el actual sistema-mundo capitalista hacia algo diferente.⁵⁷

Qué será exactamente eso diferente es algo que no sabemos, ni podemos saberlo en este momento, porque depende de las respuestas no solo de los Estados y corporaciones, sino también, y aún más importante, de las poblaciones mundiales. Además de la intensa alienación, explotación y desigualdad de clase, endémicas del capitalismo en todos los niveles, ahora nos enfrentamos a un ensanchamiento de las fracturas globales. Hasta el momento, en el plano continental, el liderazgo a la hora de reconocer que la única respuesta es la revolucionaria —un nuevo socialismo para el siglo XXI— lo han asumido los pueblos de Latinoamérica, en Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador, además de ser algo manifiesto también en las luchas que están teniendo lugar en Brasil, México, Nicaragua y otros lugares.⁵⁸ Latinoamérica, que fue el primer continente en sentir todos los efectos de la globalización neoliberal, la región más golpeada aparte de Oriente Medio por las intervenciones militares en el último cuarto de siglo y la región que primero sirvió de base a la hegemonía internacional estadounidense, ahora le está mostrando el camino al mundo, no solo en lo relativo a la lucha por una sustantiva igualdad, que es algo esencial, sino también en lo que respecta a la salvación del planeta del capitalismo. Como ha afirmado Morales, «la humanidad será capaz de salvar el planeta si recuperamos los principios de la solidaridad, la complementariedad y la armonía con la naturaleza, en contraposición al reino de la competencia, las ganancias y el consumo desenfrenado de recursos naturales que distingue al sistema fallido del capitalismo.»⁵⁹

Notas

1. Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Harper and Row, Nueva York, 1947, p. 61 (trad. castellana: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Aguilar, Madrid, 1971).
2. John Bellamy Foster y Fred Magdoff, *The Great Financial Crisis*, Monthly Review Press, Nueva York, 2009.
3. George W. Bush, Cumbre sobre los Mercados Financieros y la Economía Mundial, Washington D.C., 15 de noviembre de 2008.
4. Paul Krugman, *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008*, W.W. Norton, Nueva York, 2009 (trad. castellana: *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual*, Crítica, Barcelona, 2009).
5. John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Macmillan, Londres, 1973, p. 372 (trad. castellana: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, RBA, Barcelona, 2004).
6. Keynes, *The General Theory*, p. xxxv.
7. Keynes, *The General Theory*, pp. 376-378.
8. Keynes, *The General Theory*, p. 3.
9. Joan Robinson, «Review of *Money, Trade and Economic Growth* by J. G. Johnson», *Economic Journal* 72, n° 287, septiembre de 1962, pp. 690-692; Lynn Turgeon, *Bastard Keynesianism*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1996.
10. Dimitri B. Papadimitriou y L. Randall Wray, «Introduction», en Hyman P. Minsky, *John Maynard Keynes*, McGraw Hill, Nueva York, 2008, p. xii. Esa visión de la teoría general de Keynes como en realidad un «caso especial» la propuso inicialmente, y de forma muy influyente, Leijonhufvud, quien sostenía que en el seno de la teoría económica mayoritaria había surgido un compromiso que entendía que: (1) el modelo que Keynes denominaba su «teoría general» no era sino un caso especial de la teoría clásica, obtenido mediante la imposición de ciertos supuestos restrictivos a esta última; y (2) el caso especial de Keynes es, a pesar de todo, importante porque, según resulta, es más relevante para el mundo real que la teoría general (del equilibrio)». Axel Leijonhufvud, «Keynes and the Keynesians», *American Economic Review*, vol. 57, n° 2, mayo de 1967, pp. 401-402. Al final, sin embargo, debido al ascenso del monetarismo y otras doctrinas conservadoras, el análisis de Keynes acabó tratándose como *menos relevante* para el mundo real que la teoría general, y su «teoría económica de la depresión» quedó reducida a un «caso especial», tanto teórica como históricamente. Véase Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes, 1883-1946*, Penguin, Londres, 2003, pp. 846-851.
11. Robert E. Lucas, «Macroeconomic Priorities», *American Economic Review*, vol. 93, n° 1, marzo de 2003, p. 1; Ben S. Bernanke, «The Great Moderation», Eastern Economic Association, Washington D.C., 20 de febrero de 2004, <http://www.federalreserve.org>.
12. Krugman, *The Return of Depression Economics*, pp. 181-184 (trad. castellana: *El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual*, ed. cit., pp. 201-203); véase también Paul Krugman, *The Return of Depression Economics*, W.W. Norton, Nueva York, 2000, pp. viii, xiii.
13. Robert Skidelsky, «The Remedist», *New York Times*, 14 de diciembre de 2008. Skidelsky se afilió con orgullo al Partido Conservador británico (Tory) en 1992, en las simas más profundas de la «revolución» neoliberal thatcherista. Una biografía de Keynes muy superior al intento de Skidelsky es D.E. Moggridge, *Maynard Keynes: An Economist's Biography*, Routledge, Londres, 1992.
14. Krugman, *The Return of Depression Economics*, p. 5 (*El retorno de la economía de la depresión y la crisis actual*, ed. cit., p. 9). Krugman escribió un artículo en 1998 en el que ata-

- caba energicamente a los «keynesianos vulgares» del tipo del «keynesianismo inicial» (y a William Greider en la actualidad) por sus ideas sobre «la paradoja del ahorro», sobre la mala distribución de los rentas y por su defensa de un incremento de los salarios reales. A esos «keynesianos vulgares», sugería, los economistas actuales no los toman en serio por razones que podrían resumirse en «dos palabras: Alan Greenspan». Greenspan, según Krugman, había mostrado que era posible gestionar la economía y el desempleo. «Es evidente [para mí]», escribía, «que la tasa media de paro durante los próximos diez años será la que la FED quiera que sea». Paul Krugman, *The Accidental Economists*, W.W. Norton, Nueva York, 1998, pp. 28-33.
15. Karl Marx, *Capital*, vol 1, International Publishers, Nueva York: cap. 4 (trad. castellana: *El capital*, Aguilar, Madrid, 1931: cap. IV); Paul M. Sweezy, *Four Lectures on Marxism*, Monthly Review Press, Nueva York, 1981, pp. 26-45.
 16. Karl Marx, *Capital*, vol. 3, International Publishers, Nueva York, 1967: cap. 30, p. 484 (trad. castellana, *El capital*, ed. cit.: libro tercero, cap. XXX, p. 1.317).
 17. Marx, *Capital*, vol. 3: cap. 32, sección 2, p. 507 (trad. castellana, *El capital*, ed. cit.: libro tercero, cap. XXXII, sección 2, p. 1.334).
 18. Marx, *Capital*, vol. 3: caps. 30 y 32, pp. 484, 507 (trad. castellana: *El capital*, ed. cit.: libro tercero, caps. XXX y XXXII, pp. 1.317 y 1.334); Marx, *Capital*, vol. 1: cap. 3, sección 3b, p. 138 (trad. castellana: *El capital*, ed. cit.: libro primero, cap. III, p. 101). El Salmo 42 dice: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía».
 19. Véase Michael Kalecki, *Theory of Economic Dynamics*, Augustus M. Kelley, Nueva York, 1965; Josef Steindl, *Maturity and Stagnation in American Capitalism*, Monthly Review Press, Nueva York, 1976.
 20. Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital*, Monthly Review Press, Nueva York, 1966.
 21. Paul M. Sweezy y Harry M. Magdoff, *The Dynamics of U.S. Capitalism*, Monthly Review Press, Nueva York, 1972; *The End of Prosperity*, Monthly Review Press, Nueva York, 1977; *Stagnation and the Financial Explosion*, Monthly Review Press, Nueva York, 1987; y *The Irreversible Crisis*, Monthly Review Press, Nueva York, 1988.
 22. Kalecki, *Theory of Economic Dynamics*, p. 161.
 23. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, p. 108.
 24. Véase Hyman Minsky, *Can «It» Happen Again?*, M. E. Sharpe, Nueva York, 1982.
 25. Magdoff y Sweezy, *The Dynamics of U.S. Capitalism*, pp. 180-196.
 26. Magdoff y Sweezy, *Stagnation and Financial Explosion*, p. 22.
 27. Foster y Magdoff, *The Great Financial Crisis*, pp. 49, 63-76, 121.
 28. Jim Reid, citado en el blog del *Financial Times*, *Alphaville*, 15 de diciembre de 2008, <http://ftalphaville.com/blog/2008/12/15/50429/so-what-could-go-wrong-next/>. Véase también John Bellamy Foster, Harry Magdoff y Robert McChesney, «What Recovery?», *Monthly Review*, vol. 54, n° 11, abril de 2003, pp. 8-13.
 29. Paul M. Sweezy, «More (or Less) on Globalization», *Monthly Review*, vol. 49, n° 4, septiembre de 1997, pp. 3-4.
 30. Minqi Li, «An Age of Transition: The United States, China, Peak Oil, and the Demise of Neoliberalism», *Monthly Review*, vol. 59, n° 11, abril de 2008, p. 28 (véase traducción en este mismo número, cap. 3); Kevin Hamlin, «China Property Slump Threatens Global Economy as Growth Slows», Bloomberg.com, 7 de diciembre de 2008; «China Fears Restive Migrants as Jobs Disappear in Cities», *Wall Street Journal*, 7 de diciembre de 2008; «Slowdown in China Gets Worse, Increasing Global Woes», *Wall Street Journal*, 11 de diciembre de 2008.

31. Bo Ekman, Johan Rockström y Anders Wijkman, *Grasping the Climate Crisis*, The Tallberg Foundation, Estocolmo, 2008, p. 8, <http://www.tallbergfoundation.org>.
32. John Bellamy Foster, Brett Clark y Richard York, «Ecology: The Moment of Truth—An Introduction», *Monthly Review*, vol. 60, n° 3, julio-agosto de 2008, pp. 1-11.
33. Ekman et al., *Grasping the Climate Crisis*, p. 18; Mark Lynas, *Six Degrees*, National Geographic, Washington D.C., 2008.
34. James Hansen et al., *Grasping the Climate Crisis*, p. 18; Mark Lynas, *Six Degrees*, National Geographic, Washington D.C., 2008.
35. Simon Dietez y Nicolas Stern, «On the Timing of Greenhouse Gas Emissions Reductions: A Final Rejoinder to the Symposium on “The Economics of Climate Change: The Stern Review and its Critics”», *Review of Environmental Economics and Policy*, publicado online el 4 de diciembre de 2008; William Nordhaus, *A Question of Balance*, Yale University Press, New Haven, 2008, p. 63.
36. John Kenneth Galbraith, *The Economics of Innocent Fraud*, Houghton Mifflin, Boston, 2004; James Gustave Speth, *The Bridge at the End of the World*, Yale University Press, New Haven, 2008, p. 63.
37. Bloomberg.com, «China Property Slump Threatens Global Economy». Las cifras de crecimiento para China de Bloomberg.com son en términos monetarios, y se explican en gran parte por la monetización de bienes públicos preexistentes, que antes se valoraban según su utilidad y no según la cantidad de dinero por los que podían cambiarse. Algunos ejemplos son los terrenos urbanos y las viviendas, la asistencia médica, la educación y, cada vez en mayor medida, los terrenos agrícolas.
38. Karl Marx y Frederick Engels, *Selected Works in One Volume*, International Publishers, Nueva York, 1984, pp. 88, 90. Parece que Marx aquí haga un juego de palabras con un famoso pasaje del Talmud, que suele expresarse así: «Cada brizna de hierba tiene su ángel que se inclina sobre ella y le susurra: “Crece, crece”». *Midrash Rabba*, Bereshit 10:6 (comentario talmúdico del Génesis).
39. Lawrence H. Summers, «Summers on Sustainable Growth», *The Economist*, 30 de mayo de 1992; véase también John Bellamy Foster, *Ecology Against Capitalism*, Monthly Review Press, Nueva York, 2002, pp. 60-68.
40. Karl Marx, *Early Writings*, Penguin, Londres, 1974, pp. 302, 328 (trad. castellana: *Manuscritos económicos y filosóficos*, en <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1844/epm/1st.htm>, p. xi; y Erich Fromm, *Marx y su concepto del hombre*, Apéndice I: «Manuscritos económico-filosóficos de Karl Marx», Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1981, p. 110).
41. Karl Marx, *Capital*, vol. 1, Penguin, Londres, 1976, pp. 636-638 (cap. 15, sección 10); Karl Marx, *Capital*, vol. 3, Penguin, Londres, 1981, pp. 911, 948-950; John Bellamy Foster, *Marx's Ecology*, Monthly Review Press, Nueva York, pp. 141-177 (trad. castellana: *La ecología de Marx*, Ediciones de Intervención Cultural, Mataró, Barcelona, 2004, pp. 220-272).
42. Marx, *Capital*, vol. 3: cap. 46, p. 911 (trad. castellana: *El capital*, Biblioteca de autores socialistas, <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/capital3/MRXC3846.htm>).
43. Véase, por ejemplo, Brett Clark y Richard York, «Carbon Metabolism», *Theory & Society*, vol. 34, n° 4, 2005, pp. 391-428; Rebecca Clausen y Brett Clark, «The Metabolic Rift and Marine Ecology», *Organization & Environment*, vol. 18, n° 4, 2005, pp. 422-444; Philip Mancus, «Nitrogen Fertilizer Dependency and Its Contradictions: A Theoretical Explanation of Socio-Ecological Metabolism», *Rural Sociology*, vol. 72, n° 2, 2007, pp. 269-288.
44. Brett Clark y Richard York, «Rifts and Shifts: Getting to the Root of Environmental Crisis», *Monthly Review*, vol. 60, n° 6, noviembre de 2008, pp. 22-23.

45. *Ibid.*, p. 23; Karl Marx, *Theories of Surplus Value*, vol. 3, Progress Publishers, Moscú, 1971, pp. 301-310.
46. Fred Magdoff, «The World Food Crisis», *Monthly Review*, vol. 60, n° 1, mayo de 2008, p. 1 (trad. castellana: véase cap. 1 de la presente entrega); «New USDA Statistics Highlight Growing Hunger Crisis in the U.S.», Reuters, 17 de noviembre de 2008.
47. Thomas L. Friedman, *The World is Flat*, Farrar, Strauss and Giroux, Nueva York, 2005.
48. Véase John Bellamy Foster, *Naked Imperialism*, Monthly Review Press, Nueva York, 2006.
49. John Bellamy Foster, Hannah Holleman y Robert W. McChesney, «The U.S. Imperial Triangle and Military Spending», *Monthly Review*, vol. 60, n° 5, octubre de 2008, pp. 1-19; Foster, *Naked Imperialism*, pp. 55-66; Chalmers A. Johnson, *The Sorrows of Empire*, Metropolitan Books, Nueva York, 2004; István Mészáros, *The Challenge and Burden of Historical Time*, Monthly Review Press, Nueva York, 2008, pp. 105-107.
50. Amiya Kumar Bagchi, *Perilous Passage: Mankind and the Global Ascendancy of Capital*, Rowman and Littlefield, Nueva York, 2005, p. xvii.
51. Mészáros, *The Challenge and Burden of Historical Time*, pp. 124-126.
52. «Dollar Shift: Chinese Pockets Filled as Americans' Emptied», *New York Times*, 26 de diciembre de 2008.
53. Véase John Bellamy Foster y Robert W. McChesney (eds.), *Pox Americana*, Monthly Review Press, Nueva York, 2004; John Bellamy Foster, «The New Geopolitics of Empire», *Monthly Review*, vol. 57, n° 8, enero de 2006, pp. 4-6.
54. David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford University Press, Oxford, 2005, pp. 120-151.
55. Evo Morales, «Save the Planet from Capitalism», 28 de noviembre de 2008, <http://links.org.au/node/769>.
56. Martin Wolf, «Global Imbalances Threaten the Survival of Liberal Trade», *Financial Times* blog, *Economists' Forum*, 2 de diciembre de 2008, <http://blogs.ft.com/wolfforum/2008/12/global-imbalances-threaten-the-survival-of-liberal-trade/>.
57. Immanuel Wallerstein, *The Decline of American Power*, The New Press, Nueva York, 2003, pp. 45-68.
58. Si Latinoamérica está desempeñando el principal papel revolucionario en el plano continental, eso no niega la importancia de los desarrollos que se están produciendo en otros lugares, como en el caso de la notable revolución de Nepal.
59. Morales, «Save the Planet from Capitalism».